

SEVILLA ENTRE DOS VOCES

MARÍA DEL VALLE RUBIO MONJE

Poetisa y pintora

«A veces parece que los sevillanos han tomado adormidera»

Ha ido reuniendo un palmarés que muchos, calladamente envidian: «Rafael Alberti», «San Juan de la Cruz», «Rosalia de Castro», «Florentino Pérez Embid», «Antonio Machado», «José Luis Núñez», «Ángaro», «Ciudad de Jaén», «Bahía de Cádiz»... Fue mujer inmigrante en Sevilla cuando aquello era casi pecado. Se hizo maestra, madre, poeta, pintora y aprendiz de las cosas importantes de la vida. Y no se fue a Madrid.

—**Cuéntenos, con el acento lírico que le brota de suyo, cómo fue aquel encuentro lento pero intenso de una niña del campo con Sevilla.**

—Yo aprendí de aquella gente luchadora que eran mis padres que en el trabajo, por decirlo de forma sonora, está la salvación del hombre. Muchas veces cuando me levanto por la mañana me miro al espejo y me pregunto «María del Valle, ¿qué tenemos que hacer hoy?» O bien, «¿qué puedo hacer para ser feliz hoy?» Hay un montón de cosas. Cuando estaba con mis padres en Chucena, yo les iba a la zaga ayudándoles en las labores del campo. Cuando vine a Sevilla, ya de mayor les di clase a los niños de los americanos, en Santa Clara. Les enseñé a leer. Ellos Ok, Ok. Y yo con el dibujito. Dí clase de corte y confección. Mi abuela, que se llamaba como yo, era modista en Chucena. Yo aprendí en ese taller a ser sastra. Yo creo que en la vida no se es una cosa sola. La capacidad creadora es buscar un cauce de materialidad para las ideas, los sentimientos, las sensaciones. A veces estás haciendo una tortilla de patata y estás haciendo una creación. No quiero yo decir que yo iba a hacer la tortilla de patata mejor que nadie. Pero yo hago mi tortilla de patata. Siempre me ha gustado hacer las cosas desde esa óptica. Yo creo que el artista nace. Lo que pasa es que yo siempre he sido muy tímida, y sobre todo muy recatada. Me ha gustado siempre hacer las cosas de puertas adentro. Puedo decir que a mí no me han dado ningún premio; se los han dado a mis libros. Yo sentía desde Chucena por Sevilla un amor desaforado. Cuando yo vi el Guadalquivir por primera vez pensé que el tren se caía a ese mar tan grande. Tendría cuatro o cinco años. Yo creía que el tren no sería capaz de atravesar ese mar que yo veía. No sé desde qué perspectiva lo miré, pero desde ese puente de hierro dije «aquí se acabó ya mi vida». Esa necesidad de querer yo con una caña, cuando mis padres se dormían, pinchar la Luna y bajarla para yo ver lo que era... me hace a mí pensar ahora muchas cosas. Yo me tiraba en el prado de Chucena, en la Cruz Chiquita (aquello está allí desde la eternidad). Yo creía que el mundo se acababa allí, donde el cielo se unía con

Es mujer de ley. Su temple ha sostenido su dedicación diletante a la poesía desde que se vino del pueblo a estudiar Magisterio y a ver el mundo a través de un caleidoscopio llamado Sevilla.

TEXTO: ÁNGEL PÉREZ GUERRA FOTOS: MANUEL SANVICENTE



Un pequeño apartamento en Sevilla, unas flores en el jarrón y un jardín en el Viso del Alcor. Eso es todo lo que necesita María del Valle Rubio para pintar y componer

la tierra. Pero un día, cuál no sería mi sorpresa que vi una cosita que se movía y que entraba por el oeste y seguía hacia el sur. Era el tren que venía de Huelva hacia Sevilla. Yo pensaba que las torres de Escacena, Paterna, Manzana eran como guardianes de ese recinto. El tren me hace ver que puedo salir de allí. Mis padres eran campesinos y no se podían mover de allí; el campesino está como atado a la tierra. Mi abuela me da el gran gusto de venir a Sevilla por primera vez. Y cuando yo veo Sevilla es como si descubriera el mundo entero; toda soy ojos, mirando el coche de caballos, el tranvía amarillo. Yo quería habérmelo llevado todo a mi casa, en una foto grande. Cuando vi la Virgen de los Reyes, me llevé pintándola una buena temporada en papel de estraza, que era lo que había en

mi casa, con el cisco de la copa del brasero. En los veranos se limpian los soberos, y ya mi madre no le dio valor. Hoy me encantaría tenerlo. Sevilla me ha devuelto con creces ese amor.

—**Todo eso suena a cultura del esfuerzo, eso que tan trabajosamente estamos recuperando.**

—Yo no soy una señorita de la pluma, sino una mujer con muchísimas dificultades. He tenido tres hijos, que he criado a pulso. Me he llevado treinta años de maestra en pueblos de la provincia, terminando en Sevilla. He escrito a retazos, de noche, quitándomelo del sueño. Cuando acabé Magisterio supe que no sabía nada. Sí, ya tenía para comer si aprobaba las oposiciones, que las aprobé. Por razones familiares me fui a una escuelita rural de Carmona. Me puse a estudiar Latín, porque yo

quería hacer Filología. Empezaron a venir los niños, y ya se sabe. Creo que he sido una madre muy responsable, y he dejado de hacer otras cosas. Pero yo pensé «No puedo ir a examinarme, pero nadie me quita que yo me rodee de Filosofía, de ensayos y de libros. Puedo consultar a catedráticos de Universidad». Yo he hablado de muchas cosas con el profesor Rodríguez Izquierdo. He asistido a muchas clases de la Universidad que me han interesado. Sigo estudiando, hasta que me muera (eso lo tengo claro), mientras pueda sostener un libro con mis manos. Pienso que si algo se quiere hacer bien hay que tener material de acarreo. Yo bien sé que si quiero seguir con la concisión de con pocas palabras decir mucho, a ser posible, no una retahíla de palabras, me da la impresión que no tengo más remedio que seguir aprendiendo. Y leer, leer y leer.

—**No es ésta una ciudad que acostumbre a releerse a sí misma. Parece que no tiene una conciencia crítica de sí que le lleve a revisar su pasado, su identidad, su personalidad, y a corregir posibles defectos o desviaciones.**

—Sevilla es como una mujer que se considera muy bella. Pero es algo de sus gobernantes. Hay palacios que no están y deberían estar, y almacenes, grandes o pequeños, que están y no deberían estar. Los hijos de cualquier familia tienen que desperdigarse por la ciudad para estudiar porque no hay un campus universitario. Sevilla es una casa sin ordenar. ¿Cuánto estamos pagando por las dependencias de Justicia en el Viapol, y no se hace la ciudad de la Justicia? Esta ciudad lleva muchas décadas dormida. No entro en política. Antes se decía que el problema estaba en que la Junta era de un signo y el Ayuntamiento de otro. Pero se comprueba que son del mismo color y no hay manera. Tendría que pasarse por encima de las discusiones partidistas y ver Sevilla. Va una a Barcelona o a Salamanca y respira. Yo quiero muchísimo a Sevilla. Su luz, su olor... Pero esa es la parte romántica, la poética; Sevilla debería pensar lo que podría ser si se hubieran abandonado tantas luchas tontas. Y haber creado una Sevilla más hospitalaria. Cuando yo venía a la Feria y me dolían los piesecitos, detrás de mi padre, corriendo, siempre corriendo porque mi padre andaba mucho más ligero que yo, no teníamos ninguna caseta a la que pasar. Siempre el clasismo, el corporativismo, «ésta es mi cofradía y no la tuya», «ésta es mi caseta y aquí no entra nadie».

—**Esa ciudad dormida no está soñando con nada agradable. ¿Es un sueño de muerte?**

—Yo acabo de venir de Madrid, donde

«Me gusta pasear por Sevilla en silencio, porque en el silencio están todas las músicas y todas las palabras»

he visto Kandinsky en la fundación Juan March, y Manet en el Prado. ¿Y Sevilla? Parece como si en Sevilla hubiéramos tomado adormidera. Como si la ciudad tomara valeriana. Se ha confiado mucho y se ha peleado mucho. ¿Por qué tenemos un estadio olímpico y dos campos de fútbol? ¿Vamos a ser nosotros más futboleros que todo el mundo? Sin ir en contra de ningún político, pero ellos son los que hacen, los que distribuyen el dinero.

—¿Está defraudada aquella niña impresionada por Sevilla?

—Yo pensaba que Sevilla iba a ser la panacea donde hacer aquellas cosas que yo quería hacer y que no podía hacer en Chucena. La ciudad me abría las puertas de una biblioteca, de un museo. Mi tía me reprochaba que los domingos me fuera al museo, «con la de cosas que hay que hacer en casa». Comprendo que tendría que haberla ayudado, pero a mí los domingos me encantaba perderme en un museo. Actualmente, yo veo que aquí no hay una casa del escritor, un sitio donde ir. Hay un grupo que se denomina poetas de la experiencia. Yo pienso que toda poesía es experiencia, pero toda experiencia no es poesía. Es un grupo cerrado. Aquí tienen unos protectores que suelen estar metidos en la oficialidad, con el político a la espalda que abre una lista de aquellos que le hacen la pelota, que casi siempre trata de dejar fuera a las personas independientes, como es mi caso, o que no le gustan. Yo te doy para que tú me des. Ese trapicheo que hay aquí... Se ahogan en el mismo agua del que quieren beber. Al no irte, se te van los amigos. A mí me encantaría que hubiera más buena voluntad, por no decir más buena leche. Yo tengo doce libros publicados y una edad muy bonita, pero sobre todo soy una persona que no ha perdido la ilusión por la creación pero sí por la gente. Yo iba a la biblioteca pública cuando estaba en Alfonso XII, con aquella inocencia entre comillas. Yo irrumpo aquí en el año 82, cuando la gente ya se tiene repartidas las cosas. Lo mío es aprender. Nadie sabe nada. Una vida es muy poca cosa para creernos nada de nada. La poesía es como una radiografía de tu interior. Cada uno tiene su voz. ¿Para qué voy yo a envidiar a nadie? Yo lo que tengo que procurar es que mi voz se cultive. No se lee poesía porque hay que pensar. Todo poeta que se precie hace pensar al otro que lee. Hoy no se quiere pensar; están las pantallas de televisión y de internet. Otra cosa es que la poesía hoy no tiene una función social, como tenía tiempo atrás. Además, la poesía tendría que romper el corsé del verso. Fueron grandes poetas Cervantes, Galdós, el Shakespeare dramático. Y no tuvieron que encorsetarse. Yo releo «Las olas», de Virginia Wolf. Ahí he encontrado yo más poesía que en ningún otro libro. Hay poetas y poetas oficinistas, que es aquel que domina el oficio pero que tú lees el libro y no te da ningún pellizco, esa corriente que si la



Atenta al mundo de las letras y las artes, la poeta saca provecho de su tiempo como maestra prejubilada

bustacas se difumina.

—¿Es Sevilla buen lugar para escribir?

—Sevilla es muy buen sitio para escribir poesía, pero sin que nadie te reconozca. En «Derrota de una reflexión» hay un montón de poemas alusivos a Sevilla. En algún verso escribí que el mundo es habitable si encuentras a tu ciudad en todas partes. Después de escribirlo me sorprendí de la fuerza de Sevilla. Esta ciudad es poesía, tiene misterio. Se escucha, se siente, se respira ese silencio donde no falta nada. Mi hija Alicia estuvo en París de profe-

sora y yo me llevaba temporaditas con ella. Allí escribí estos versos. Cada calle de París me parecía una calle de Sevilla. Esta ciudad tiene música. Por todo ese amor que le han tenido tantas personas... Muchas veces cuando miro la Giralda pienso en tantos ojos que la habrán mirado que ya no están, que ya no la miran. Ese amor con el que esta ciudad es mirada, no ya por los que la habitamos, que muchas veces no la vemos, sino por los que llegan. Los lugares, como los hijos, son, pero también los van haciendo con el amor que se pone en ellos. Sevilla es una ciudad

muy querida. Tantos ojos han dejado aquí tanto amor... A mí me gusta pasear por Sevilla en silencio. En el silencio están todas las músicas y todas las palabras. Y en el silencio quizás se reproduzcan muchas veces aquellos que no están. Los hombres dejan una energía cuando se van. Yo creo que no nos vamos del todo. Yo pienso que los poetas somos unos seres revolucionarios que incluso tenemos algo de videncia. Si les hubiésemos hecho caso. Pero Sevilla se ha politizado. Han sustituido a los poetas, a los grandes escritores y pensadores por la política.

Una niña feliz a la que nadie enseñó a leer

«Nací en Chucena, en el tiempo difícil de la posguerra, cuando los niños ayudaban a los padres en las labores del campo. Mi padre fue movilizado y estuvo en Córdoba. Vino de la guerra con una ambición que yo creo que fue un sueño: que él no le trabajaba a nadie. Mi madre se rió y le dijo “¿y qué vamos a comer mañana?” Él le dijo “no te preocupes, que yo traeré lo que vayamos a comer”. Se las ingenió para ser su propia empresa en el campo, cómo sembraba, cómo vendía, cómo trabajaba con las vacas. Creó un mundo que le diera a su familia para comer sin que le sirviera a nadie. Mi infancia fue la de una niña feliz a la que nadie enseñó a leer. No sé cómo, a los tres años ya leía. Cayeron en mis manos muy buenos libros, porque mi padre me compraba todo aquel libro que yo quisiera. Mi madre protestaba porque

hacían falta otras cosas para la casa. Mi padre fue en cierto modo mi Pígalión, porque él me enseñó muchas cosas. Después de leer me preguntaba qué había entendido. Y eso me ayudó mucho, porque los niños empiezan a leer como si fueran papagayos. Yo le explicaba a mi padre lo que leía. Y eso es lo que se dice enseñar a un niño a estudiar. Hubo un libro que despertó en mí lo musical. Yo me recuerdo sentada en el balcón de Chucena haciendo unos romances larguísima. Yo leía a muy temprana edad la fábula de Iriarte y Sarniego. La capacidad que yo pueda tener para versificar viene de mi influjo musical. ¿Qué duda cabe que la poesía es música? Leí a Zorrilla cuando quizás no tendría doce años. Mis primeros años son de montar a caballo. Mi padre tenía un mulo, un burro y un caballo. Luego me vine a Sevilla.

Recuerdo que la primera vez le decía a mi padre: “Papá, yo sólo quiero una ventana, con una mesa detrás, y yo voy a estudiar”. Se reía. Hasta que un día le digo, ya con 16 años, que iba a hacer el ingreso en el Instituto Murillo. Nosotros estábamos a 35 kilómetros sólo de aquí. Ya es provincia de Huelva, pero Chucena está pegada al costado de Sevilla. Por su proximidad venimos a todo a Sevilla. Aquí estuve con unos familiares a los que yo quiero mucho, para aprender cosas que allí en el pueblo no podía aprender. Encontré muchas dificultades, porque en esos tiempos, eso de estudiar era sólo para la niña del médico y la del boticario. Los niños hacían falta para ayudar a sus padres. En Sevilla, en Cardenal Cervantes, cayó en mis manos el Romancero Medieval, que para mí es una de las obras más importan-

tes de la Literatura Española. He leído mucho a esa edad. Estos tíos míos tenían un buen nivel cultural y social. Consumía todo lo que yo veía en sus estantes. A mí me ha gustado siempre encerrarme en la habitación a estudiar. Otra de las cosas que nace en mí ya de pequeña es releer. Siendo hija de un campesino, yo releía aquellas páginas del Quijote. No es por tirarme un farol. Yo he leído muchas veces el Quijote, aunque lo habré terminado una vez de leer, por necesidad, aquí en Sevilla estudiando Magisterio. Claro,afortunadamente no había televisión. Yo era muy fantasiosa y quería saber, aprender. Decía Bergamín que Religión viene etimológicamente de releer. Una busca saborear. Releer es leer casi orando. Como cuando se vuelve al museo a ver aquel cuadro que una quiere hacer suyo.»